



AGENCIA
COOPERACIÓN
CULTURAL
EXTERIOR

TRANS



TRANS

Centro Cultural de España
Guatemala

Adrián Arguedas (Costa Rica)
Marlov Barrios (Guatemala)
Moisés Barrios (Guatemala)
Benvenuto Chavajay (Guatemala)
Milena García (Nicaragua/San Francisco)
Lucía Madriz (Costa Rica)
Arturo Monroy (Guatemala)
Joaquín Rodríguez del Paso (Costa Rica)
Betsabé Romero (México)
Ernesto Salmerón (Nicaragua/Tokio)

Abril 2008



Presentación

Durante mucho tiempo la Cultura, con “c” mayúscula, ha sido percibida en nuestro país –y en ciertos ambientes esto no ha cambiado– como algo inamovible, una estatua de mármol, pesada y solemne, que tendría como característica principal la inmutabilidad. La Cultura, según esta concepción, es seria, adusta, rimbombante. Va acompañada de himnos nacionales, solemnes marimbas, estrados con maestros de ceremonias y fotografías en las páginas de sociedad de los periódicos de los sábados. Es, en resumen, una tranquilizadora garantía de que ciertas cosas nunca cambiarán.

Por supuesto, se trata de una construcción social absolutamente falsa. Si algo define la cultura, los productos culturales y las diferentes manifestaciones con las que llegan a nosotros es su constante evolución. La cultura en Guatemala y en cualquier lugar del mundo es, por definición, permeable. Se encuentra en mutación constante, se retroalimenta y cambia con la misma velocidad con que lo hace la sociedad que la crea. La cultura no puede, por tanto, ser inmovilista, siempre y cuando queramos usarla como herramienta válida para comprender el mundo en el que vivimos.

Trans parte de esta idea: de cómo los elementos “clásicos” –según los artistas participantes– recurrentes en el área geográfica definida como Mesoamérica (frijoles, *bochitos*, organismos internacionales de cooperación, elementos publicitarios norteamericanos) se transforman a medida que ganan nuevos significados.

Las piezas que componen esta exposición están cargadas de ironía. La descontextualización que impone la realidad nos lleva a observarlas con sorpresa y una sonrisa. Pero, recuérdelo, la ironía es en el fondo amarga y *Trans* es, ante todo, una oportunidad para reflexionar sobre la historia de nuestros países, las dependencias que nos han sido impuestas, los sinsentidos que un cierto modelo económico y social pretenden imponernos... a beneficio de terceros, casi siempre septentrionales.

Este pequeño catálogo documenta, de manera muy modesta, no solamente una muestra concreta, sino también un determinado momento histórico, social, económico y estético que, como decíamos más arriba, está en un proceso de cambio constante. Entendámoslo, antes de que se convierta en Cultura, con “c” mayúscula.

Jorge Castrillón Castán
Director

TRANS

Uno de las grandes cuentas pendientes del Centro Cultural de España en Guatemala ha sido discutir sobre los distintos agentes contemporáneos que influyen en la transformación de nuestras culturas. Con la exposición titulada *Trans*, lo hace, desde el arte y desde la visión crítica de sus autores, sobre la influencia de los aspectos económicos, la comida –y su multiplicidad de opciones locales sumadas a las internacionales de comida rápida–, la educación a través de la televisión por cable, la explosión de la música electrónica, la movilidad infinita gracias a la velocidad de los medios de transporte, los fenómenos migratorios y el inmenso caudal de información que incide sobre nuestras formas de vida, tanto en el campo como en la ciudad. Fue así como surgió esta exposición, que aborda ese paisaje latinoamericano denso en complicidades, donde las informaciones foráneas nos reciclan y conforman como culturas híbridas.

Desde su título, *Trans*, la exhibición reconoce el término transculturación, acuñado por el antropólogo y pensador cubano Fernando Ortiz. El concepto apareció por primera vez en su libro *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, publicado en 1940. Bronislaw Malinowski, que fue un entusiasta defensor de la idea, definió el término en el prólogo de la obra como un proceso en el cual emerge una nueva realidad, compuesta y compleja; una realidad que no es una aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente. Para Ortiz, a diferencia de las implicaciones del término aculturación, que se refiere al resultado de un proceso en el cual un pueblo o grupo de personas adquiere una nueva cultura o aspectos de la misma (generalmente de forma involuntaria y a expensas de la cultura propia), la transculturación implica la transición entre dos culturas, ambas activas, ambas contribuyentes con aportes en doble vía y ambas cooperantes a la hora de desembocar en una nueva realidad de civilización. En general, el término ha definido los fenómenos que suceden en todo abrazo de culturas. De hecho, Ortiz lo comparaba con lo que sucede en la cópula genética de los individuos: “la criatura siempre tiene algo de ambos progenitores, pero también siempre es distinta de cada uno de los dos”.

Cada uno de los artistas que integran *Trans* recoge en sus obras parte de los dilemas que suscitan estos intercambios. No hablamos de imágenes que ilustran los hechos; más bien, de obras que son resultado de reflexiones críticas y de conceptos visuales que proyectan los procesos de ese tránsito y reciclaje de información cultural. En general, hablamos de obras que reflejan o simplemente sugieren la hibridación: cómo se ha transformado en parte de nuestros entornos, cómo lo redefinen y lo transforman en algo ajeno solo en apariencia.

El recorrido de la exposición inicia con obras de tres de los pintores más respetados en la región centroamericana. Encontramos la obra de Moisés Barrios, quien desde hace una década ha revisitado insistentemente los fenómenos culturales, políticos y sociales que comenzaron a construirse en las postrimerías del siglo XIX, a partir de la instalación de la industria norteamericana dedicada al cultivo de bananos en nuestros países. Como un capítulo fundamental en nuestras historias, Barrios genera con su obra toda una discusión en torno a las distintas connotaciones relativas al atraso económico y a la condición agrícola de nuestros países y de sus habitantes, generalmente tildados como bananeros. En sus obras, el ícono de la industria agrícola, las bananas, se suma a otros de índole masivo. John Wayne, Woody Allen o, como contrapunto al imperio, una efigie de Mao se ubican en el lugar de la clásica estampita de Chiquita Banana como referencia cruzada a las distintas estrategias que desarrollan las intervenciones foráneas.

En la obra de Joaquín Rodríguez del Paso esa misma realidad parece estar visitada por toda una horda de turistas que buscan, con la ayuda de una bien establecida industria de vacaciones, fragmentos de paraísos perdidos. Además, con un tono de postal de viaje, Rodríguez del Paso evoca, con gran ironía, las imágenes de revistas de los cincuenta; aquellas que hablaban de la llegada de la modernidad, sumada al placer del viaje, el poder adquisitivo y la bonanza de las épocas de posguerra. El artista muerde esa realidad y cuestiona la ilusión del extranjero por comprar los bienes de países menos aventajados, a lo que también existe una respuesta local, igual de pretenciosa y acomodaticia.

Por su parte, Adrián Arguedas, con su serie *Super Héroes*, nos muestra niños ataviados con disfraces de personajes pertenecientes al mundo del cómic, que se han convertido –junto con el cine y las teleseries– en embajadores y representantes de los valores de la sociedad de los Estados Unidos de Norteamérica y que al igual que las imágenes televisadas, implícitas en la cultura *mainstream*, uniformizan los deseos de niños y adultos. También es una obra técnicamente magnífica que, en determinado

momento, coloca a la misma altura de interés al único antihéroe de la serie: el Chapulín Colorado, como metáfora clásica de lo lumpen y conciliador entre el deseo de superioridad y su imposibilidad.

Ernesto Salmerón y Milena García, desde sitios distantes y ajenos a los territorios centroamericanos –en el marco del nomadismo y las obras en proceso–, crearon una pieza que emula el sentido del humor de los haikús. Al mismo tiempo, la pieza revela la poesía que subyace en las confusiones culturales y el intento humano por establecer algún tipo de comunicación con todo aquello que creímos distinto y diametralmente opuesto a nuestra cultura.

Marlov Barrios genera todo un altar de signos mediante el uso de imágenes populares y la reinterpretación de las calcomanías que usualmente encontramos en los autobuses. Benvenuto Chavajay recrea un paisaje minimalista –casi zen– con piedras extraídas de la orilla del Lago Atitlán conectadas entre sí con las bandas de las típicas chancletas de hule suave chapina, que se han hecho usuales en sus obras. Chavajay nos lleva a disfrutar de la pura experiencia estética provocada por el cruce de materiales. Betsabé Romero presenta un *windshield* cargado con signos aztecas, aludiendo a la forma en que vamos absorbiendo distintas formas culturales.

Por último, la exposición incluye las obras de Lucía Madriz y Arturo Monroy. Ambos artistas coinciden en tocar uno de los aspectos que identifican a nuestras culturas: los granos como alimentos básicos. En el caso de Monroy, un frijol blanco es llevado a dimensiones sobrenaturales. Con gran sentido del humor el artista sugiere ciertos arquetipos de superioridad, en contraposición, evidentemente, a los frijoles negros y de consumo más común. Lucía Madriz, por su parte, utiliza el maíz y el frijol para confeccionar una alfombra donde se reconoce el símbolo de la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) con la intención de suscitar una discusión crítica en torno al uso de los transgénicos, su producción y futuros efectos sobre el individuo. Actualmente, el tema plantea los más difíciles dilemas en relación a la millonaria industria multinacional de semillas y su control sobre las semillas de patente, con las consecuencias que acarrea sobre los derechos de los agricultores; sin evadir, claro está, la responsabilidad de las instituciones en su estímulo y aprobación solapada.

Rosina Cazali



JOAQUÍN RODRÍGUEZ DEL PASO

Que se joda Nioto

Óleo y esmalte sobre tela

120 x 100 cm

2006



JOAQUÍN RODRÍGUEZ DEL PASO
Green Giant
Inyección de óleo y tinta sobre tela
150 x 100 cm
2008

JOAQUÍN RODRÍGUEZ DEL PASO
Honey, I bought the waterfall
Óleo y esmalte sobre tela
150 x 150 cm
2007

Créditos

Juan López-Dóriga
Embajador

Diego Nuño
Consejero Cultural

Francisco Sancho
Coordinador OTC

CENTRO CULTURAL DE ESPAÑA GUATEMALA

Jorge Castrillón Castán
Dirección

Pilar Blanco
Laura Luja
Neus Balaguer
Gestión Cultural

Lucía Menéndez
Diseño

Margarita Pérez Cruz
Evelyn Sete
Sandra Solares
Biblioteca

Pedro Raxón
Contabilidad

Eric García
Abigail Hernández
Gladis Hernández
Mainor Monterroso
Asistencia Técnica

© de esta edición

Centro Cultural de España en Guatemala

Vía 5, 1-23 zona 4 / 4° Norte
01004 Ciudad de Guatemala
Teléfono (502) 2385-9066 / 67 / 70
gestion@ccespana.com.gt
www.centroculturalespana.com.gt
blog: cceguatemala.blogspot.com

Abril, 2008

El Librovisor
Ediciones alternativas del Centro Cultural de España en Guatemala.

® Todos los derechos reservados.

Este catálogo es un proyecto editorial del Centro Cultural de España en Guatemala, entidad que asume todos los gastos de edición, publicación y distribución. Se enmarca dentro de la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, y por ello es absolutamente gratuito. Queda, por tanto, prohibida su venta.

Se autoriza la reproducción total o parcial de este catálogo por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático, siempre y cuando se cite adecuadamente la fuente y los titulares del copyright.

TRANS

Rosina Cazali
Curaduría

Gemma Gil Flores
Coordinación Editorial

Carlos Sebastián
Fotografía

CCE/G

Centro Cultural de España
Guatemala

CCE/G

Centro Cultural de España

San Francisco

Tokio



print  studio
litografía



RENÉ BARBIER

Vistas del pasado desde 1880